

Domingo de verano

Fernando Muñoz

DOMINGO DE VERANO



FERNANDO MUÑOZ

Capítulo 1

Plástico quemado

Era insoportable. No servía de nada cubrirse las orejas con las manos, como hacía David, ni hundir los dedos hasta lo más profundo del oído, que era la opción de Marian.

Aquel zumbido, tan grave y vibrante que les hacía sentir el pecho a punto de estallar, aumentaba más y más su volumen.

Por encima de sus rodillas, acucillado, Edu pudo oír cómo a ese ruido le acompañó un estruendo, como si una tormenta se hubiera desatado sobre ellos. Lo que parecía una docena de truenos simultáneos retumbó haciendo temblar el suelo.

Y empezó a desaparecer.

El zumbido se desvaneció en cuestión de segundos, dando paso a un rumor vaporoso.

Tomás abrió los ojos. Sus amigos seguían junto a él. Vio en esos rostros la misma expresión de incertidumbre que adivinaba en sí mismo. Edu temblaba.

—¿Ha sido un bombardeo?

Nadie respondió.

A su alrededor, los caminantes cuyos andares se habían visto interrumpidos comenzaron a mirarse entre sí.

—Creo que venía de la plaza Carlos III —dijo Marian.

Algunas personas tomaron esa dirección, quizá porque oyeron a Marian, o tal vez porque habían deducido lo mismo que ella. Tomás buscó la mirada de su amiga, esperando algún gesto que le indicara si debían ir tras el origen del ruido o descubrirlo por televisión en la seguridad de sus casas. Fue David el que tomó la iniciativa.

—¿A dónde vas? —gritó Edu.

David los miró a todos. Parecía querer encontrar las palabras

adecuadas.

—No sé lo que es. Y muy probablemente se trate algo peligroso. Pero creo que la incertidumbre también nos puede hacer mucho daño.

—Mierda, David...

—No tenéis que acompañarme —Tomás sintió una nota de duda en su voz—. Voy y vuelvo enseguida. Tranquilos.

Se alejó con paso rápido en dirección a la plaza. Tomás vio que los puños de Marian estaban apretados y se sorprendió al descubrir que los suyos se habían comportado de la misma manera. Edu respiraba con agitación, mirando a todos lados.

A través del tenso silencio les llegó un sonido como el restallar de un látigo. Y el alboroto regresó, pero esta vez en forma de gritos. Decenas de personas abarrotaron las calles que partían de la plaza Carlos III. Quienes tropezaban y caían resultaban arrollados, víctimas de una automática irrelevancia colectiva.

—David, ¿dónde cojones estás? —imploró Marian.

La estampida se acercaba a ellos. Tomás resistió el impulso de salir corriendo y abandonar a sus amigos para evitar ser aplastado por aquella horda histérica.

—¡Vamos! —era David, que tiraba de su brazo.

Tomás se encontró a sí mismo corriendo a toda velocidad con David a su derecha y Edu y Marian a su izquierda.

—¿Qué era? —preguntó Marian.

—No lo sé. Me he podido asomar cuando la gente ya estaba saliendo disparada. Solo he podido ver un muerto —jadeó.

—¿Un muerto? —se oyó decir Tomás, sin prestar atención al rumbo que tomaban.

—Había un tío en el suelo y mucha sangre. Y una nube de polvo de la hostia. Era imposible ver más.

Muchos pares de ruedas chirriaron. Estaban atravesando una de las arterias de la ciudad, olvidando la existencia del tráfico.

—¡No os paréis! —ordenó David.

Cruzaron la avenida hacia una calle estrecha a la que no entraba la luz del sol. Un desagradable flato pinchaba el vientre de Tomás.

—¿Dónde estamos yendo?

Como respondiendo a su pregunta, David se detuvo al adentrarse en un callejón. Los cuatro trataron de recuperar el aire.

—David, ¿qué más has visto? —preguntó Marian—. ¿De qué estamos huyendo?

—No lo sé —contestó entre jadeos—. Pero la gente que ha empezado a correr antes que yo, sí. Me parece motivo suficiente.

—¿Ha sido una explosión? —quiso saber Edu.

—Puede. Ya te digo que no lo sé.

Encorvado, Tomás apoyaba sus manos en las rodillas.

—Pero solo has visto un muerto.

—¡Joder! ¿En qué idioma hablo? —resolló David—. Un muerto y gente corriendo, sí.

Se incorporó. A su alrededor oían gritos y rápidas pisadas.

—Lo siento.

Callaron durante unos instantes.

—Viene alguien —Marian asomó la cabeza por la esquina del callejón—. Es un hombre. También corre. ¡Señor! ¿Qué está...?

—¡Aparta!

Marian fue arrojada al suelo con la fuerza del golpe que le propinó aquel individuo a su paso.

—¡Hijo de puta! —gritó David, pero el otro no miró atrás, alejándose.

Marian se llevó una mano a la boca antes de volver a mirar por la esquina.

—¿Hay alguien más? —preguntó Edu.

—Sí.

—¿Viene hacia aquí?

—Sí, pero no está corriendo.

El cuerpo de Marian cayó tras un estallido. No había rastro de su cabeza. Un olor a plástico quemado llenó el aire.

Tomás notó como la sangre desaparecía de su rostro. Supo que iba a desmayarse. Incapaz de juntar los labios, miró primero a David, que contemplaba inmóvil el cadáver de Marian, y después a Edu, con los ojos fijos en el cielo y todos los músculos tensados.

David se arrodilló sin el menor ruido, dejó caer las manos y comenzó a caminar a gatas hacia la esquina.

Tomás sudaba. Podría jurar que oía el desquiciado corazón de Edu a pesar de estar a un metro de distancia. David se movía con sigilo casi felino.

—No —rogó Tomás en un susurro—. David, no.

David hizo un sutil gesto con la cabeza, instándole a callarse. Edu había empezado a sollozar.

Flexionando los brazos hasta reptar, David llegó junto al cuerpo para atisbar por encima de él.

Y fue despedido contra la pared opuesta. Le faltaba el lado izquierdo del cuerpo, desde el hombro hasta el ombligo, dejando media luna de brillante ausencia roja. Desprendida y sin brazo al que aferrarse, su mano izquierda cayó junto a él.

Los gemidos de Edu se volvieron agudos y profundos. Tomás miró a su alrededor tratando de encontrar una explicación para esa escena. No le resultaba fácil convencerse de que aquello era real, que dos de sus mejores amigos acababan de explotar tras huir de una masa aterrada. El plan era otro. Iban a comer juntos para celebrar el final de los exámenes. Nada de lo ocurrido desde que el cielo empezara a bramar estaba anunciado para ese día.

—Tomás... —lloraba Edu—. ¿Qué está pasando?

—No lo sé, tío. Pero creo que es mejor que guardemos silencio y

nos alejemos cuanto podamos de esta esquina.

Edu asintió. Tenía el cuello y la mandíbula rígidos.

—Vamos.

Se movieron con cautela, mirando únicamente hacia delante. Algo hacía cosquillas en la cara a Tomás. Al rascarse notó algo húmedo, más viscoso que el sudor. No quería saber si aquella sangre era de Marian, de David o de ambos.

Aguzó el oído, pendiente de cualquier ruido que surgiera a sus espaldas. Por el rabillo del ojo pudo ver que Edu se giraba.

—No mires —advirtió Tomás—. Por si acaso, no mires.

Obediente, Edu regresó la mirada al frente.

—¿Nos metemos en algún sitio? —le susurró.

—No lo sé. Creo que un local puede ser una ratonera. Imagínate que le gente se afana por entrar y nos asfixiamos. O que quien ha matado a Marian y a David nos acorrala.

Edu tragó saliva.

—Estamos cerca de mi casa —prosiguió, bajando aún más la voz—. Creo que sería muy difícil que nos encontraran ahí.

Edu volvió a tragar. Asintió.

Tomás notó que el oxígeno regresaba poco a poco a su cerebro. La posibilidad de volver a casa y aislarse de aquel macabro escenario empezó a tranquilizarle. Pero no disfrutó de esa esperanza más que unos segundos.

—Mierda.

—¿Qué pasa? —le miró Edu.

—Vamos en dirección contraria. Tenemos que dar media vuelta.

Edu detuvo el paso. Su labio inferior temblaba. Tomás también paró.

—¿Y qué hacemos?

—Rodear la calle, supongo. No podemos volver a pasar por esa esquina —volvió a caminar.

—Vale —resopló Edu—. Pero no sabemos si ése está andando en paralelo a nosotros. O si nos ha adelantado por otro sitio.

—Podemos girar aquí —señaló la calle que se abría a su izquierda—. No es más segura que cualquier calle más adelante, pero por alguna parte tenemos que ir.

Con un chapoteo, las entrañas de Edu salieron despedidas de su cuerpo desde el vientre, formando en el asfalto un mosaico grotesco que seguía unido al interior de su amigo por un tramo de intestino. Edu cayó sobre sus propias vísceras y Tomás pudo ver el agujero que había aparecido en su espalda.

No lo sabía, pero había echado a correr por la calle de su izquierda. Algún sistema en su cerebro había decidido tomar el control y salvarle la vida sin preguntar. Y ese mismo sistema le había hecho lanzar una rápida mirada antes de desaparecer.

Lo que había destripado a Edu estaba en el punto donde se encontraban los cadáveres de Marian y David.

El piloto automático de Tomás aumentó la velocidad.

Esa figura le estaba apuntando con un arma cuando empezó a huir.

Sus piernas no le obedecían. Simplemente corrían, cargando con él.

La figura era robusta, más bien alta.

Otras personas corrían delante de Tomás. Muchas gritaban.

Pero no habría sabido cómo describir la cara.

Un grupo de chicos de su edad corría hacia él desde su derecha. No venían de un sitio seguro.

Aunque sí sabía que no era un rostro humano.

Llegó a otra avenida. Los vehículos trataban de esquivar a los corredores. Un coche aceleró y pasó por encima de dos personas. Otros le siguieron.

Podía tratarse de una máscara.

Las piernas de Tomás buscaron un camino distinto.

No, no era una máscara. Aquel rostro pertenecía a algo vivo.

Volvía a encontrarse en una calle vacía. Al otro extremo la gente seguía corriendo. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

Finalmente, se detuvo. Junto a él había un portal. Podía esconderse, sentarse a esperar y, cuando todo se calmara, retomar el camino a casa.

No veía el portal. Veía el cielo. Y lo veía desde el suelo. Había caído de espaldas cuando sus piernas desaparecieron, dejando tras ellas un fuerte olor a plástico quemado. No podía respirar.

Todo se apagaba.

Capítulo 2

El ventanal

Su padre abrió la puerta. Tras él, la luz que fluía por el ventanal hacía resplandecer todas las paredes de la casa.

—¿Cómo estás, cariño?

—Hola, Papá —intercambiaron dos besos por encima de la fuente que sujetaba Sara—. El cuscús.

—Miguel está al llegar —comentó mientras le cedía el paso—. Ha llamado Carmen. Estaban buscando aparcamiento.

Con un asentimiento, Sara se dirigió a la cocina para colocar la fuente sobre la encimera.

La vio. Su madre seguía ahí. Cortando verduras en una tabla. Removiendo el interior de una cacerola. Enseñándole a diferenciar los mejores tomates para un asado. Durante los dos últimos años aquellas imágenes rodeaban a Sara cuando visitaba su antiguo hogar. Y ella no tenía intención de evitarlo. Era agradable sentirla cerca, fingiendo íntimamente que ningún ictus la había fulminado, que no se había retorcido sobre el frío suelo del cuarto de baño hasta morir. La vida se había abierto en canal para mostrarle la pequeñez de la existencia y la profundidad del dolor. Y Sara habría preferido no conocerlos.

Reunirse en familia un domingo de cada dos era una costumbre que se había ido moldeando desde que su padre comenzara a envejecer a solas. El primer mes de duelo, Sara y Miguel adaptaron sus rutinas para alegrar aquella inesperada viudedad dejando la tristeza propia al otro lado de la puerta. El tiempo fue espaciando las visitas hasta que un silencioso pacto a tres determinó el ritmo de los encuentros.

—¿Has preparado la mesa?

Su padre no respondió, a pesar de haberla seguido a la cocina. Buscó su mirada.

—Papá, ponte los audífonos.

Él respondió palmeándose la frente con teatralidad y salió al pasillo. Sara lo siguió, dejando que él continuara su camino hasta el dormitorio mientras ella entraba al salón, maravillándose con la imagen

que ofrecía el ventanal. La pared norte de la casa daba a la plaza Carlos III, el hervidero vital de la ciudad. Desde niña, Sara había derrochado incontables momentos mirando a través de la cristalera, adivinando los destinos de la gente que deambulaba seis pisos por debajo, contando las ventanas de los edificios vecinos, viendo a la lluvia cambiar el color del cielo.

—Listo —su padre entró al salón—. ¿Qué me decías?

—La mesa. Que si la habías puesto.

Con un rápido vistazo comprobó que su padre casi había completado aquella labor. Los platos, las servilletas, las copas e incluso unos aperitivos esperaban a los comensales.

—Sí, solamente faltan los cubiertos. No me acordaba de lo que ibas a traer.

—Voy.

—Quieta ahí —le sonrió—. Aún no estoy tan viejo.

Sara le devolvió la sonrisa burlona y volvió a mirar por el ventanal.

—¿Has quitado las cortinas?

—Las llevé a la tintorería —decía su padre desde la cocina—. Mañana iré a recogerlas.

—¿Quieres que me encargue?

—Deja, deja —volvió con un manojito de tenedores y cuchillos en las manos—. Algo tengo que hacer para no aburrirme.

Entre los dos repartieron los cubiertos sobre la mesa. La melena de Sara resbalaba mimosa sobre su hombro. Sonó el portero automático.

—Ahí está tu hermano.

Un momento después, Miguel entraba en la casa seguido de Carmen y el carricoche que empujaba.

—Se ha quedado frita por el camino —celebraba la madre—. Hoy vamos a tener una comida tranquila.

Sara se inclinó para mirar a su sobrina. La carita de Violeta

estaba completamente inmóvil, plácida.

Le gustaban los niños, cualquiera que fuera su edad. La maternidad, por otra parte, no le despertaba tanto interés. Y, teniendo en cuenta los últimos giros de su vida, podía considerarse afortunada de no haber ansiado aquella meta.

—Yo, si me perdonáis, voy a sentarme ya —anunció su padre.

—Como si estuvieras en tu casa, Joaquín.

Ocupó su lugar ante la mesa, frente al televisor, dejando el ventanal en el lado derecho. Sara le siguió, colocándose ante la enorme vista de la plaza, ligeramente interrumpida por Miguel, que terminaba de flanquear a su padre. Carmen comprobó que la niña seguía durmiendo y se sentó entre su marido y su cuñada. Miguel había descorchado una botella de vino e iba sirviendo a la familia.

—Por otro día juntos —dijo alzando su copa. Brindaron—. ¿Cómo ha ido la semana, Papá?

—No te lo vas a creer —respondió sin cambiar el tono—, pero ha sido una semana de lo más normal. Rutinaria, con todo en su sitio. Sin sobresalto alguno, ¿eh? Fui al súper. Estaba cada cosa donde esperaba encontrarla, no creas que ha cambiado mucho. Compré café, leche, algo de fruta...

—Vale, me doy por enterado.

—Es que tienes unas preguntas, nene... —rio Carmen.

—Pero también te puedo contar lo que voy a hacer la semana que viene. El martes tengo podólogo, por ejemplo.

—No, da igual. Mejor esperamos a la próxima vez que nos juntemos y así nos vamos creando expectativas, las compartimos y luego tú nos sorprendes con cambios inesperados —se llevó una oliva a la boca y miró a Sara—. Cuéntanos tú. ¿Cómo está Nacho? ¿Hay boda a la vista?

Sara esbozó una sonrisa irónica.

—A lo mejor prefieres que Papá nos cuente cómo será su visita al podólogo —su padre y Carmen se giraron hacia ella—. Nacho y yo lo hemos dejado.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No estamos hechos el uno para el otro y nos hemos dado cuenta ahora. Sin más.

Carmen se inclinó hacia ella.

—Lo siento mucho, Sara.

—No importa —dio un trago a su copa.

—Pero ¿tuvisteis una discusión? ¿Se puede arreglar?

—Miguel, hijo, ya te lo contará cuando ella quiera.

Sara agradeció en silencio el gesto de su padre. Efectivamente, no sentía ánimo alguno por detallar la escena del último martes, de cómo Nacho le había confesado que no quería compartir su vida con quien se negaba una y otra vez a enfrentar sus miedos, pese al apoyo que recibía por cuantos la rodeaban. Que estaba agotado de dar tanto por ella y que todo acabase cayendo en saco roto.

No lo culpaba. Tenía razón. Ella no era una compañía grata. El mundo de Sara había cambiado mucho en poco tiempo. Y esos cambios la asustaban.

Una mañana despertó y había perdido a su madre. Miguel se convertía en la cabeza de su propia familia. Y los signos de vejez que iba adoptando su padre eran pasos que lo acercaban a la muerte.

Todo giraba rápidamente a su alrededor, haciéndola más y más pequeña ante los acontecimientos, sin voz ni voto a la hora de elegir qué, cuándo y cómo cambiaría. Un atemorizado pesimismo se había hecho hueco en su día a día. Mientras, Nacho permanecía convencido de que cualquier persona poseía una fuerza innata para afrontar los cambios vitales sin pestañear; tal vez aquella fuera la causa de su frustración.

—¿Qué habías preparado? —despejó Carmen.

—Cuscús. Voy a por él.

Miguel fijó la mirada en el suelo cuando ella se puso en pie. Realmente no había hecho nada malo, pero Sara comprendía su ataque de vergüenza.

Su madre volvía a estar en la cocina, contemplándola retirar el papel de aluminio de la fuente. La quería con ella. Quería que la llevara de vuelta a los días en los que la vida era sencilla y estática. Pero la figura caía una vez más, víctima de las mismas convulsiones que también la

despojarían de su padre.

—*Voilà*. Acercadme los platos para que os vaya sirviendo.

—Sara, perdona...

—No tiene importancia. No la tiene —reiteró al ver la insistencia de Miguel. Tomó asiento cuando todos tuvieron su ración de cuscús—. Ya hablaremos de eso en otro momento. ¿Sabéis ya a qué guardería va a ir Violeta?

—Sí. Bueno, es una escuela infantil —Miguel se aferró al salvavidas que su propia hermana le lanzaba—. Estuvimos en una jornada de puertas abiertas. De hecho, es la misma en la que estuvo Carmen cuando era pequeña.

—Mejor referencia imposible, ¿no, Carmen?

Pero la aludida no les escuchaba.

—Joaquín, ¿estás bien?

Sara miró a su padre. Todos los músculos de su cara se contraían mientras alzaba las manos hasta sus sienes.

—Papá, ¿qué te pasa? —dijo levantándose para llegar hasta él.

Estaba ocurriendo. El mundo volvía a girar para enseñarle el verdadero significado de la soledad. Los latidos del corazón redoblaban en sus tímpanos. El sudor le cubría las palmas de unas manos con las que no sabía qué hacer.

Su padre lanzó los audífonos sobre la mesa. Uno de ellos coronó el plato de Miguel; el otro rebotó y cayó al suelo.

—¿Papá?

Él la miró con serenidad. Sara sentía el aire entrar y salir de su boca con pasos cortos, sin preocuparse por llegar a los pulmones.

—Ya está —dijo su padre luego tomar aire—. No es nada. Se han puesto a chirriar como locos. Iban a terminar de dejarme sordo.

Sara resopló y se dejó caer en la silla.

—Joder, qué susto —dijo Miguel con una repentina palidez en su

rostro.

—Bueno, no pasa nada —Carmen le tomó una mano—. Todo bien, ¿no, Joaquín? —alzó la voz para ser oída por su suegro.

—Sí, sí. No os preocupéis, de verdad.

Sara miró a su hermano. Por primera vez pudo encontrar en él un miedo muy similar al que la había atenazado durante demasiado tiempo.

Violeta empezó a llorar.

—Ya, ya —decía su madre dirigiéndose al carricoche para tomarla en brazos—. ¿Te has asustado? Es que somos muy escandalosos. Nos gusta demasiado la fiesta.

Mecía a la niña con una sonrisa cálida, despreocupada. Hasta que dejó de hacerlo para mirar hacia el techo.

Sara la imitó, alertada por el tintineo que producían las colgaduras de cristal de la lámpara. El ventanal vibraba, rodeándoles de una presión que Sara sintió desde los hombros hasta la cintura.

Y comenzó aquel sonido. Un tono constante, grave y reverberante que se adentró hostil en sus oídos. Sara, su hermano y su padre se taparon las orejas con las manos, encogidos. Carmen hacía cuanto le era posible para proteger a Violeta y a sí misma con tan solo dos brazos.

Algo apareció ante el ventanal. Sara nunca había visto aquella estructura metálica en la plaza Carlos III. Era rectangular, con una extensión como la de un campo de fútbol. El material que la revestía era de un oscuro azul metálico. Pequeñas y numerosas ventanas se dejaban ver en torno a sus diez metros de altura.

El edificio frente a ellos se fragmentó como una figura de azúcar cuando la mole lo encontró en su camino hacia el suelo. Polvo y escombros caían en cascada, dejando al descubierto las viviendas de su interior.

Se detuvo al encontrar tierra firme. El ruido insufrible desapareció segundos después, pero el llanto de Violeta continuó. Sara no quería creer lo que estaba viendo a través del ventanal.

La estructura se había adueñado de la plaza, abarcando con indiferencia todo suelo bajo ella. Docenas de personas la contemplaban, inmóviles, tan desconcertadas como la propia Sara.

Algo se movió en la parte superior de la estructura. Distintas escotillas se abrieron y de ellas escaparon, flotando en el aire, lo que parecían sandías negras.

Era suficiente. Sara se negaba a continuar viendo aquello. Se puso en pie y dio la espalda al ventanal.

No era justo. No era justo que todo siguiera cambiando con insolencia. Aquello era una prueba más de que ella no era dueña de nada. Los vuelcos de la vida acababan de dar paso a un suceso inexplicable, entregándole la mayor indefensión que jamás habría imaginado sentir.

—Pero ¿qué es eso? —oyó decir a su hermano—. Algo se mueve por el lado.

—Miguel, por favor, cállate —imploró Sara por encima del llanto de su sobrina.

—¿Qué? ¿Qué te pasa?

Apretó los párpados. Un nudo se formaba en su garganta.

—Te lo estoy pidiendo por favor, Miguel.

Unas manos se posaron en sus hombros.

—Vamos —dijo su padre—. Miguel, apártate de ahí.

Comenzó a caminar. Abrió los ojos para encontrar una vista empañada por lágrimas. Su padre la dirigía fuera del comedor. Entonces oyó cómo la respiración de su hermano se agitaba.

—Miguel, otra vez te lo digo: aléjate de la ventana.

La rabia hervía dentro de Sara.

—Papá, corre las cortinas y que no las toque.

—Sí... —pero la voz de su padre se apagó para darle otro revés—.
No.

—Están en la tintorería, es verdad.

Sorbió la nariz, resignada. Ya estaban en el pasillo cuando Miguel gritó, liberando su rabia. Se despegó de las manos de su padre y atravesó la casa hasta llegar al cuarto de baño, donde hizo de su cuerpo un ovillo.

Todo se estaba rompiendo. La ciudad. Su vida. El mundo.

Y ni siquiera podía mantenerse ignorante.

Al cabo de unos segundos, su padre se agachó junto a ella con un suave quejido de dolor.

—Quiero desaparecer —sollozó—. Papá, déjame desaparecer.

El le acarició el pelo. Sara sabía que no debía tratarle así, que él había dejado de ser el todopoderoso padre al que idolatraba cuando era una niña. Y aquello la hizo sentir aún peor. Lloró, deseando no oír otra cosa que su propio penar, que el único motivo de su desesperación fuera ella misma, algo que poder controlar.

Las paredes ondearon como un junco. El edificio al completo se había tambaleado con la explosión. Padre e hija se abrazaron. Cuando el movimiento acabó, cada uno encontró en el otro la misma expresión de trémula incertidumbre.

Carmen llegó al umbral de la puerta con Violeta rabiando en sus brazos. Miguel apareció por detrás de ella.

—Han hecho volar algo unos pisos más abajo. No sé lo que son.

—Sara —susurró su padre—. Estamos demasiado cerca de la pared que da a la plaza. ¿Vamos al dormitorio?

Ella asintió en un reflejo automático.

—Tengo miedo.

—Yo también. Y Miguel. Y Carmen. Y Violeta. Vamos a esperar juntos y seguros a que esto acabe, ¿vale?

Sara volvió a asentir y se puso en pie, aferrando el brazo de su padre. Recorrió el eterno pasillo sin despegar la vista del suelo.

—Muy bien. Ya hemos llegado —anunció él cerrando la puerta.

Sara no lo soltó. Caminaron hacia la cama. Su padre se sentó a su lado. Carmen los acompañó. Miguel se mantuvo de pie frente a ellos, con la mirada perdida y las manos torpemente encasquetadas en los bolsillos.

El llanto de Violeta perdió intensidad y pudieron oír otro que se filtraba por el techo. Un llanto adulto. Los gritos en la calle ascendían por

las paredes hasta el dormitorio.

Nadie habló durante un espacio de tiempo que Sara fue incapaz de determinar. Carmen tarareaba una nana. Con un cruce de miradas le ofreció sujetar a Violeta.

Sara tomó a la niña en sus brazos. Seguía inquieta, pero había dejado de llorar. Besó su frente, suave y templada, y la invadió una oleada de emoción.

—Ten —volvió a cedérsela a Carmen, temiendo romper de nuevo, odiándose a sí misma.

Un estruendo demasiado cercano los sobresaltó. Fue coreado por gritos desde todas direcciones.

—Ha sido aquí —dijo Miguel—. En la cocina. O el salón —tragó saliva—. Creo que me voy a asomar.

—¿Por qué? —preguntó su mujer.

—Porque quizá estén tratando de echar abajo el edificio. Y, si es así, deberíamos sopesar la opción de salir.

Sara supo que Carmen estaba buscando cualquier excusa que impidiera a su marido dejar la habitación. Miguel asumió el permiso que el silencio le concedía y salió del dormitorio.

Un ruido tan ligero como desagradable llegó hasta ellos cuando abrió la puerta. Parecía el rápido pedaleo de una bicicleta vieja y oxidada. Miguel no tardó en regresar.

—Papá.

Los muelles del colchón elevaron a Sara unos centímetros cuando su padre dejó la cama. Carmen y ella permanecieron inmóviles, oyendo a los dos hombres hablar, sin llegar a distinguir las palabras.

Nada importaba ya. Sara debía aceptarlo. Todo estaba fuera de control. Y ese control no se recuperaría. Sintió que algo desaparecía en su interior. No sabía si era algo bueno o malo. Si aquel nuevo vacío la liberaría o completaría su sumisión.

Se humedeció los labios y reparó en su estómago vacío. Tenía hambre.

Su padre entró en la habitación, abrió el armario, sacó una

sábana doblada y salió nuevamente. Regresó con Miguel.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó Carmen.

—No lo sé —resopló él—. Ese tanque, nave o lo que sea sigue ahí fuera.

—¿Y qué ha sido ese ruido?

Miguel miró a su hermana, a su padre y otra vez a su hermana. Sara se encogió de hombros.

—El techo del salón. Se ha desplomado. No solo el techo, sino también el suelo del piso de arriba —hizo una pausa mientras se frotaba las manos—. Un vecino ha caído también. No ha... No ha durado mucho después del impacto. Estaba agonizando cuando lo he encontrado.

Sara se dirigió a su padre.

—¿Lo conocías?

Asintió.

—Ramón. También era viudo.

Sara cerró los ojos. El mundo trataba de impresionarla con sus vueltas, girando a toda velocidad, pero a ella había dejado de importarle.

Capítulo 3

El Jirkat

La nave se acerca a la atmósfera del planeta objetivo. El Jirkat Suktruk chasquea sus garras para llamar la atención de un subalterno e indicarle (*Tropa cubierta salida*) que los jóvenes reclutas han de reunirse ante la escotilla principal. El subalterno da una palmada con las garras en señal de acatamiento y se dirige a cumplir la orden.

Cuando el Jirkat Suktruk llega a la pasarela, los jóvenes esperan ilusionados sus instrucciones. El Jirkat introduce su tarjeta de datos en la pantalla de proyección, donde se forma la imagen del planeta objetivo, provocando el silencio de los reclutas.

El Jirkat Suktruk se dirige a la audiencia. Les hace saber (*Kotsol cerca objetivo lugar*) que no tardarán en aterrizar. Un murmullo de impaciencia fluye entre los kotsol. Informa (*Flagsin especie grande. Flagsin coraza kotsol no. Munición base bien*) sobre la especie dominante del planeta, su fragilidad corporal y la adecuación de una munición sencilla para llevar a cabo la tarea, la cual (*Kotsol objetivo lugar, puerta abierta, kotsol salen*) dará comienzo cuando la nave aterrice y se abra la escotilla principal. Lo que desarrollarán (*Misión kotsol puntería bien sí. Kotsol disparan presas. Cámaras vigilan kotsol. Cámaras cuentan puntería kotsol*) será un ejercicio de puntería en el que dispararán contra todo ser móvil y durante el que serán monitorizados.

Los kotsol se golpean los unos a los otros con complicidad y bullen rugidos de impaciencia. El Jirkat pide (*iVoz no, voz no!*) silencio. Cuando la audiencia se contiene, pulsa un botón de su tarjeta de datos para mostrar que (*Gas sí sí. Kotsol fuerza bien sí*) los niveles de oxígeno atmosférico son superiores a los respirados en Kotsol, con lo que los reclutas no solo podrán salir al exterior sin la necesidad de una escafandra, sino que se sentirán más vigorosos que en su planeta natal.

El ansia por llegar se dispara. Un corrillo de kotsol se enzarza en una emocionada pelea que acaba con dos muertos. El Jirkat pide (*iOrden!*) orden. Espera hasta que el ambiente se apacigua. Unas garras chasquean. Cede la palabra al kotsol que la reclama y éste (*Munición sí sí rompe refugio flagsin*) pregunta si recurrirán a munición de destrucción superior para hacer volar las coberturas, construidas o espontáneas, de la especie nativa dominante, a lo que el Jirkat Suktruk responde (*Kotsol bombas*) que podrá ser utilizada únicamente por los kotsol con licencia

para manejar dicha munición.

La nave se aproxima al suelo planetario y se detiene al alcanzar tierra firme.

(*Nave voz, kotsol nave*) indica, anunciando la alarma que dará fin a la actividad. Decide no hacerlos esperar más y acciona el pulsador junto a él. La escotilla principal se abre y los jóvenes no tardan en disparar sus armas. Abandonan en tropel la nave, que queda inmediatamente silenciosa. El Jirkat Suktruk deja atrás la pasarela y camina hacia su camarote. Debe informar al Troktrat Krankraj de la puesta en marcha de la operación. Y podrá relajarse hasta el final del ciclo, cuando los muchachos regresen a la nave.

Ya en sus aposentos, introduce el código de llamada del Troktrat en el comunicador. La cara que aparece en la pantalla es la de un subalterno. Suktruk pide (*Jirkat Suktruk, Troktrat Krankraj*) hablar directamente con el Troktrat, pero el jovenzuelo (*Troktrat lugar no. Troktrat tiempo sí*) responde que su superior se encuentra ocupado y podrá comunicarse con él más tarde. Suktruk corta la llamada y busca en el comunicador la señal de las cámaras de campo.

Los kotsol se divierten. El nivel de aciertos es elevado. La especie nativa dominante posee una estructura corporal aún más frágil de lo esperado. Algunos kotsol avanzan en parejas; otros, en tríadas; los hay que prueban sus habilidades en solitario y quienes prefieren disfrutar de una amplia compañía.

Cuando considera que ha dejado transcurrir el tiempo suficiente, vuelve a intentarlo.

La pétrea cara con gesto insolente del Troktrat Krankraj se forma ante él. El Troktrat le pregunta (*Suktruk voz*) el motivo de su llamada.

(*Kotsol disparan flagsin sí*)

(*Sí*), felicita el Troktrat. (*Kotsol en objetivo lugar ciclo ciclo ciclo*).

Suktruk duda de haber entendido correctamente y pide al Troktrat (*Troktrat Krankraj voz voz*) que repita lo que acaba de decir.

(*Operación tiempo tiempo. Operación supervivencia sí*)

Suktruk no alcanza a comprender cómo una simple misión de un ciclo de duración para mejorar la puntería se ha convertido en una labor de supervivencia de tres ciclos. Explica a su superior (*Nave alimento no*) que carecen de víveres suficientes para aguantar tanto tiempo en un

entorno desconocido.

(*Supervivencia*) resuelve el Troktrat antes de cortar la comunicación.

Suktruk está ligeramente contrariado. Atraviesa a puñetazos las paredes de sus aposentos y arranca las placas metálicas que las revisten.

Un ayudante le está mirando desde el pasillo. Suktruk lo agarra por el tórax y le propina una buena paliza.

(*Ajkral voz Jirkat*) pide el joven desde el suelo.

(*Voz*) concede Suktruk.

El muchacho se yergue y le explica (*Troktrat Krankraj ve Jirkat. Troktrat Krankraj voz kotsol nave*) el sistema de vigilancia que el Troktrat le ha impuesto a sus espaldas. (*Ajkral voz no*), añade para hacer ver su lealtad al Jirkat.

Suktruk retoma su lluvia de golpes contra el joven Ajkral.

(*Kotsol nave voz Troktrat*) pregunta Suktruk, ansioso por saber qué pueden haber contado esos insumisos para que el Troktrat haya decidido castigarle.

(*Ajkral sabe no. Troktrat voz kotsol, Troktrat voz kotsol. Troktrat voz kotsol kotsol no. Kotsol sabe no kotsol voz Troktrat*)

De modo que el Troktrat se comunica con los insumisos uno por uno y todos creen ser el único confidente. Suktruk debe averiguar cuántos traidores hay en la nave y descubrir qué le han dicho al Troktrat. Entonces planeará un castigo.

(*Ajkral Suktruk*), lo llama a su lado (*Ajkral Suktruk voz kotsol nave. Ajkral Suktruk ven kotsol nave bien no*) para encontrar juntos a los desleales.

Ajkral le da un fuerte golpe en la cabeza con camaradería.

Interrogan al primer kotsol con el que se topan. Insiste en no saber nada. Igualmente, lo matan.

El siguiente opera en el almacén de suministros. Oyó a dos kotsol encargados de la artillería despotricar sobre el Jirkat Suktruk. Él no ha recibido órdenes de nadie.

Suktruk lo agarra por las placas genitales y tira de ellas. El kotsol queda paralizado.

Suktruk le pregunta (*Kotsol almacén orden no*), por qué niega haber recibido órdenes (*Jirkat Suktruk voz orden no*) si él no ha mencionado orden alguna. (*iVoz!*)

El kotsol gruñe de manera cada vez más grave conforme Suktruk va despegando la placa del tejido dérmico.

(*Unjrut voz Troktrat Krankraj. Kotsol nave voz Jirkat bien no*)

(*Jirkat bien no*), pregunta. (*iVoz!*)

(*Kotsol nave voz Jirkat Suktruk alimento dulce vez vez no*)

¿Así que ésa era la queja? ¿Los reclutas lloriquean porque Suktruk los castiga sin postre?

Suktruk termina de despegar la placa genital y hunde su garra en las entrañas del kotsol. Por su culpa no van a quedar postres ni nada que llevarse a la cloaca superior.

(*Unjrut sentencia kotsol. Jirkat sentencia Unjrut*)

El espeso líquido vital sale a borbotones del agujero que había servido como sistema genital primario de Unjrut.

(*Artillería*), pregunta Ajkral.

(*Artillería*), responde Suktruk.

Cruzan la nave hasta llegar a los dispensarios de armamento. Una pareja de kotsol interrumpe su conversación para saludar a Suktruk.

(*Jirkat*)

(*Jirkat*)

Suktruk decide divertirse con ellos.

(*Comprobación. Disparador rompe coraza*)

Uno de los kotsol le tiende el arma solicitada.

(*Munición*)

Su compañero coge un estuche de proyectiles de la estantería y se lo cede.

(Kotsol voz), ordena mientras carga el arma.

(Jirkat) pregunta el que se la ha proporcionado.

Suktruk deja que Ajkral empuñe el disparador letal y ordena al joven *(Jirkat voz kotsol voz)* que no se ande con rodeos *(Kotsol voz Troktrat Krankraj)* y le cuenta de qué habló con Krankraj.

(Ukraj sabe no) se disculpa.

(Ajkral), ordena, *(bajo)*.

Ajkral obedece y acciona el disparador, pero no acierta en la mitad inferior de Ukraj, sino en la cabeza del otro kotsol, que cae desplomado en el suelo. Suktruk finge que eso no es exactamente lo contrario a su orden y replantea el interrogatorio.

(Ukraj voz) exige agarrando la cabeza del kotsol con las zarpas. *(Ukraj voz no, Jirkat aplasta cabeza Ukraj, cabeza Ukraj cloaca Jirkat, proyectil cloaca Ukraj)*

(¡Ukraj voz!), anuncia. *(Troktrat Krankraj asciende Ukraj. Ukraj voz Jirkat Suktruk bien no)*.

Suktruk aprieta el cráneo de Ukraj hasta que los tres globos oculares se desorbitan y chocan contra él. Hunde las zarpas en las cuencas y desgarrar la cabeza en dos mitades.

Krankraj ha prometido a un grupo de kotsol que los ascenderá si despotrican de él y luego le ordena cambiar su práctica de puntería por una prueba de supervivencia imposible de resolver sin planificación previa. ¿Por qué?

Suktruk comparte sus conclusiones con Ajkral.

(Jirkat), responde el joven *(Progenitor progenitor voz agencia bien no. Troktrat Krankraj hace agencia bien sí sí no)* refiriéndose a las quejas de los progenitores y la nula intención de Krankraj por mejorar la agencia de entretenimiento vacacional. *(Troktrat Krankraj voz Jirkat supervivencia. Jirkat voz no. Krankraj hace Jirkat trabaja no. Progenitor progenitor sabe agencia bien sí sí)*.

Las piezas encajan. Krankraj ha hecho de él un sujeto expiatorio para limpiar la imagen de la empresa frente a las malas opiniones que

circulan entre los progenitores.

Suktruk retuerce el cuello de Ajkral, felicitándolo por su deducción. Regresa a sus aposentos, seguido por el joven kotsol e introduce una vez más el código de llamada de Krankraj.

El mismo empleado de antes repite la cantinela.

(Trokratrat lugar no)

(Kotsol voz Trokratrat, Trokratrat comunicador sí. Trokratrat comunicador no, kotsol muerto).

La imagen del asustado kotsol es reemplazada por la de Krankaj.

(Suktruk voz no. Trokratrat trabajo sí)

Suktruk no cede.

(Suktruk sabe sí. Kotsol voz Suktruk. Kotsol voz Trokratrat Suktruk bien no)

(Suktruk sabe, Suktruk trabaja) sentencia Krankaj sin inmutarse y corta la comunicación.

(Jirkat), pregunta Ajkral.

Suktruk marcha con decisión al centro de mando, seguido de Ajkral. Activa todos los motores.

(Ajkral Suktruk van Kotsol. Suktruk Krankraj muerto)

Ajkral *(Kotsol objetivo lugar)* pregunta por los chicos que siguen practicando puntería.

(Kotsol agencia aprenden. Kotsol aprenden. Progenitor progenitor sabe kotsol aprenden)

La nave se eleva. Atraviesa la atmósfera. Viaja rumbo a Kotsol.

Capítulo 4

Laktar y Ugstek

Los dos kotsol intercambiaron unos ilusionados puñetazos cuando fueron llamados a reunirse en la cubierta principal. Laktar y Ugstek, compañeros de descanso, habían esperado durante muchos ciclos la llegada al lugar objetivo, al igual que todos los jóvenes kotsol de la nave.

Desde una pasarela elevada, el Jirkat Suktrut comunicó las ya conocidas instrucciones sobre la tarea a desempeñar: una práctica de puntería de campaña, tomando como objetivo a los flagsin, la especie dominante del planeta.

Finalizada la preparación, la escotilla se abrió. Un enjambre de blandos flagsin los miraban. Runtrul no se hizo de rogar. Él nunca esperaba para abrir fuego. Sin llegar a pisar la rampa de salida, disparó al flagsin más cercano, que quedó partido en dos con un maravilloso florecer de su líquido vital.

Los flagsin comenzaron entonces a correr. Laktar, Ugstek, Runtrul y el resto del batallón abandonaron la nave con la mayor velocidad que sus duras articulaciones les proporcionaban. Ugstek se detuvo sobre el flagsin dividido. La gama de colores en su líquido vital le parecía un absoluto encanto. Todo en aquel planeta lo hacía. Su atmósfera, su gas, su temperatura, la luz que provenía de su estrella, las construcciones nativas...

El culatazo de Laktar lo sacó del ensimismamiento. Su compañero le instaba a disparar contra los flagsin que aún no se habían escondido.

Ugstek apuntó a un ejemplar de bamboleantes y claros filamentos que emergían de su cráneo. Cayó con un agujero en el tórax al recibir el impacto.

Laktar alabó su diana antes de disparar una onda de aturdimiento contra una tríada de flagsin. Las criaturas frenaron su carrera y de sus cloacas superiores comenzó a brotar el producto de una digestión interrumpida. Laktar acabó con ellos desde la distancia, uno por uno. Estallaban en volutas de muy diferentes tonalidades.

Ugstek no pudo más que felicitarle, agradecido por el espectáculo que le brindaba ese vástago de una manada de furcias sin dignidad. Laktar respondió que él sí que tenía por ascendencia a la más infame de

las castas.

Avanzaron por aquel terreno, duro como el suelo de Kotsol, pero sin duda obrado y refinado. Un vehículo de tracción por rodamiento se detuvo muy cerca de ellos. El flagsin de su interior los miró. Laktar y Ugstek dispararon al mismo tiempo: una onda de aturdimiento el primero; un proyectil sencillo el segundo. La mitad anterior del vehículo explotó dejando un cráter llameante. La onda no aturdió al flagsin, sino que acertó en Ugstek, el cual desarrolló una sensación de ingravidez.

Laktar se interesó por el estado de su compañero, quien le explicó con deleite el efecto experimentado al tiempo que lamentaba el tardío descubrimiento y celebró su nueva situación sacando al flagsin del destrozado vehículo y hundiendo su zarpa abdomen adentro para estrujar cuantos órganos encontrase.

Continuaron su improvisado camino. La alteración de Ugstek desapareció tan solo unos pasos después, al tiempo que encontraban otro enjambre flagsin. Los ejemplares se apretaban contra el fondo de una estancia pequeña pero luminosa. Ugstek realizó varios disparos de blanco múltiple, adornando así la pared posterior con la salpicadura radial de los flagsin acertados. Laktar disfrutaba más de la recreación. No le importaba la evaluación de su puntería; prefería divertirse. Escogía un flagsin y hacía desaparecer sus extremidades por orden, de abajo a arriba. Los flagsin emitían unos estridentes gemidos que llamaban a seguir disparando.

Cuando el último cuerpo dejó de latir, Ugstek reparó en que el lugar estaba repleto de alimento dulce, tremendamente oloroso y succulento. Entre Laktar y él devoraron todo aquello que se mostró a su vista. Satisfechos, volvieron al exterior.

Otra pareja de kotsol avanzaba en busca de presas. Laktar avisó a Ugstek para que prestara atención a lo que se disponía a hacer. Ugstek vio entonces cómo Laktar apuntaba su arma hacia los kotsol y lanzaba una onda de aturdimiento que atravesó a ambos. Los kotsol comenzaron a girar sobre sus propios ejes verticales para terminar sujetándose en mutuo apoyo, aunque sin cesar su giro. Instantes después, el de menor estatura se aferró a las placas subcraneales del otro, dejando caer su peso y provocándole una herida potencialmente mortal.

Ugstek volvió a mencionar la ramera progenie de Laktar, reafirmando en su opinión. Laktar respondió que todas las hembras y superhembras emparentadas con Ugstek habían saboreado sus cloacas superior e inferior.

Varios vehículos de tracción por rodamiento se detuvieron ante ellos en formación marcial. Otros aparecieron por retaguardia, rodeándolos. Flagsin ataviados con corazas postizas apuntaban a Laktar y

Ugstek.

Ugstek fue el primero en atacar, de nuevo multiplicando blancos con un solo disparo. Los flagsin respondieron con su munición arenosa, una ofensiva que recordaba a cualquier incómoda ventisca en Kotsol.

Mientras Ugstek optimizaba su puntuación, Laktar atrapó al flagsin más cercano para despojarlo de miembros y entrañas y arrojarlos al resto del batallón. Muchos retrocedieron.

Para cuando todos los flagsin del área hubieron muerto o desaparecido, la coraza de Laktar estaba cubierta con una enorme cantidad de colores, cada uno procedente de un flagsin distinto.

Junto a ellos se desplomó una edificación flagsin. Runtrul llegó a su posición. Reivindicó el derrumbamiento, les comunicó su número de aciertos y mató a Laktar con un disparo de destrucción superior. Se marchó en busca de más flagsin.

Ugstek dejó atrás el cuerpo de Laktar y continuó la práctica en solitario.

Muchos flagsin abatidos más tarde, Ugstek pudo oír el inconfundible sonido de la nave. Miró en dirección al punto de aterrizaje y la vio despegar, alejándose hasta el límite atmosférico.

Las cámaras encargadas de registrar la puntuación seguían revoloteando por el terreno, de modo que Ugstek reemprendió la tarea de matar flagsin, a la espera incierta del retorno de la nave.